

CAPITULO III.

Emigración de los españoles por causa de la sequía.—Venida de los rodios.—Incendio de los Pirineos.—Venida de los focios ó focences y los fenicios.

Tampoco están muy acordes los diversos historiadores que hemos consultado, acerca la época de la espantosa sequía que afligió sobremedera y despobló á España en los tiempos de su fundación. Unos hacen coincidir aquel hecho con el hambre y carestía de Egipto durante la superintendencia, en esta fertilísima comarca, de José, hijo del patriarca Jacob; otros le señalan una fecha muy posterior.

Sin embargo, puesto que el Génesis dice que el hambre se extendió á la sazón sobre toda la tierra, y á pesar de las dificultades que puede presentar esta opinión, preferimos adoptarla, por considerarla mas verosímil, natural y fundada.

Dícese que en aquella ocasión la Península ibérica quedó yerma y desnuda de vegetación, principalmente hácia el Mediterráneo; que la soledad reinaba en todas sus regiones; que se secaron las fuentes y los rios Ebro y Guadalquivir; que el suelo perdió enteramente su natural humedad, dando lugar á que se abrieran grandes grietas, en cuyo seno perecieron muchos de los que querían emigrar á otros países para proveer á su sustento.

Después de tan horrible plaga, parece que soplaron fuertísimos vientos seguidos de copiosas lluvias, que restituyeron al suelo su fertilidad primitiva y permitieron regresar á los naturales, mezclados con otras naciones.

Un historiador (1) es de opinión que no fueron otros pueblos los que entraron entonces, sino que hubo probablemente una mezcla de los moradores de las montañas con los habitantes de los llanos y las márgenes de los rios, ó sea de los celtas con los iberos, cuya circunstancia originó el nombre de celtíberos.

Ni en la *Historia de España* del Sr. Lafuente, ni en la del señor Cortada, hemos sabido ver nada que tenga relación con la horrosa catástrofe que nos ocupa. Sin duda ambos historiadores, en vista de lo vago y nebuloso del asunto y de la divergencia de pareceres que sobre él existen, habrán creído mas acertado el omitir enteramente dicha particularidad.

Cortada opina que los celtas y los iberos eran dos pueblos enteramente distintos uno de otro, y que el nombre de celtíberos es debido á una mezcla con los nuevos celtas que invadieron nuestra Península diez siglos mas tarde.

Mariana habla también de la venida de los celtas, suponiéndolos extraños á los indígenas, como los rodios. Un autor opina que los celtas eran originarios de España y descendientes de sus primeros fundadores. Por lo tanto conceptuamos tarea muy ardua y difícil el averiguar si dicha raza debe considerarse, ó no, como extranjera é invasora. Además reina la misma oscuridad é incertidumbre acerca la procedencia del pueblo que nos ocupa.

El historiador Mariana dice que los celtas, los rodios y otras naciones comarcanas vinieron á España, compadecidas del estado miserable en que la había sumergido la sequía, considerando la mudanza de las cosas humanas, y recordando las inmensas riquezas que entrañaba su suelo y su pasada prosperidad. Añade que cada cual escogió la parte de tierra yerma, ó provincia que consideró mas conveniente para los ganados que traía ó para los trabajos agrícolas, fijando allí su residencia.

Los rodios eran oriundos de una de las islas del archipiélago griego, llamada Rodas. Este pueblo se dedicaba á largas expediciones marítimas. Su venida se hace remontar á unos novecientos años antes de la era cristiana. A los rodios se debe la fundación en la costa de Cataluña y junto á las faldas de los Pirineos, de la ciudad de Rhodope ó Rodas, hoy Rosas, cuya ciudad, según Mariana, fue muy floreciente en los primeros siglos cristianos, pues contaba con una catedral y un obispo en el reinado ó dinastía de los godos, á pesar de que en la actualidad ha perdido toda su antigua grandeza y tiene escasísima importancia.

Estrabon refiere que los rodios poblaron también las islas Gímnias ó Baleares, como parece inferirse del nombre de *Ophiusa* dado á la isla de Ibiza, que es asimismo el antiguo nombre de Rodas.

Refiérese que dichos griegos fueron los primeros que introdujeron en España el uso de la moneda de cobre, con gran asombro y risa de los indígenas, al principio; que enseñaron á estos el modo de hacer los cables y sogas de esparto y las tahonas ó ruedas de molino para moler el trigo, y que edificaron un templo á la diosa Diana, en el que verificaban ceremonias y sacrificios extraordinarios. Supónese que inmolaron en honor de aquel ídolo á los huéspedes y extranjeros, á imitación de los tauros.

Dícese también que daban culto á Hércules, al que hacían sacrificios; y á este particular se cuenta una fábula que no carece de originalidad.

Créese que mientras se echaban los cimientos de la ciudad de Rosas, tuvo lugar el famoso incendio de los Pirineos, á cuyos montes dieron los griegos esta denominación, sea por el suceso á que aludimos, sea por la palabra *pir*, de origen helénico y que significa fuego, ó sea, como quieren algunos, por el nombre Pisine, mujer amiga de Hércules que falleció en aquellos lugares, ó por Pirro rey antiguo de España.

(1) Ortiz de la Vega, *Anales de España*, tomo 1.º, cap. VIII, pág. 63.

La causa de dicho incendio se atribuye á las centellas, á una inadvertencia de los pastores ó á algun criminal intento.

Parece que con el ardor y fuerza de las llamas se derritieron las venas de oro y plata de que estaban llenas las entrañas de dichos montes, de los cuales bajaban á la sazón verdaderos arroyos de aquellos preciosos metales que corrían en varias direcciones.

Así que se hubo apagado el fuego, los naturales se maravillaron de la brillantez de aquellos cuajados metales, y al principio los despreciaron por no tener noticia de su valor. Este inmenso y fabuloso tesoro despertó la codicia de otras naciones para venir á España y apoderarse de él, ofreciendo en cambio á los ignorantes españoles mercaderías y objetos de poca estima.

Tras de los rodios vinieron los focios ó focenses, griegos también procedentes del Asia, y recorrieron las costas de Cataluña y Valencia. Parece que los rodios ocuparon las costas de la Calabria y las meridionales de Francia, donde fundaron á Marsella, y después de plantear también algunas factorías en los Pirineos se dirigieron á Cataluña é instalaron en una pequeña isla contigua á Rosas, que les sirvió de depósito para sus mercancías, como se desprende de su nombre antiguo *Emporion*.

Dícese que los habitantes de las comarcas vecinas vieron con desagrado, y hasta con indignación, el establecimiento de los focios en nuestro hermoso país, como había sucedido con sus predecesores los rodios, y que vinieron á las manos con los indigetias, pueblo que ocupaba en el continente una ciudad con un puerto bastante regular y frente al que ocupaban los primeros.

Según Tolomeo, dicha ciudad se llamaba Indica. Los focios trataron de invadir esta y su territorio, lo que ocasionó sangrientas batallas entre ambos pueblos, quienes por fin llegaron á concluir un tratado. Por dicho tratado los indigetias concedían á los focios una parte de su ciudad con la precisa condición de que mediaría una valla, y cada pueblo se estaría quieto en su respectivo distrito.

Este pacto se observó durante muchos siglos, puesto que los romanos encontraron á estos dos pueblos viviendo separados, y conservando cada cual sus leyes, usos y costumbres. Los focios fundaron algunas ciudades en las costas de Cataluña y Valencia.

Algunos historiadores opinan que los fenicios (oriundos y procedentes de las regiones orientales) fueron los primeros invasores de nuestra Península. Dícese que eran muy entendidos en el arte de navegar, que poseían grandes armadas y tomaban por brújula los astros y la estrella polar. Desde Tiro, plaza nobilísima del Oriente, según Mariana, vinieron navegando en busca de las riquezas de España. Reina alguna incertidumbre acerca el punto en que dichos navegantes desembarcaron. Dícese que «la primera expedición fenicia, mandada por Hércules, llegó á Gibraltar y que allí se echaron los cimientos de una ciudad, colocándose las columnas «cual una señal que marcaba los confines del orbe (1).»

También se hace coincidir la venida de los fenicios (que moraban en el país de Canaan, donde poseían ricas y populosas ciudades) con la entrada de Josué en la tierra de promisión al frente del ejército hebreo, que rechazó á los antiguos moradores de dicha comarca y tomó posesión de ella, según la promesa hecha por Dios á la posteridad de Abraham.

Débase á los fenicios la fundación de Cádiz, que era la mas rica y floreciente de cuantas colonias y ciudades establecieron en las costas de nuestra Península, por ejemplo, las de Málaga, Sevilla, Córdoba, y también se atribuye á dichos orientales la erección del famoso templo de Diana en el mismo sitio que ocupa hoy la pequeña ciudad de Denia.

Parece que los fenicios extrajeron muchas riquezas del suelo hispano, las cuales llevaban á su patria en los bajeles que, procedentes de Tiro, arribaban á nuestras costas. Para explotar nuestro rico suelo, los fenicios se internaron en él y crearon varios puntos de depósito que pusieron en comunicación con los del litoral.

El pueblo fenicio era esencialmente mercantil. Su divinidad favorita era Hércules, según suponen unos. Otros opinan que este era el nombre del mercader fenicio que mandaba la primera expedición que vino á España, y por cuyo motivo se levantaron las dos columnas de bronce cerca de Gibraltar, de que hemos hablado.

Es de suponer que los fenicios con sus mercancías de poco valor, que cambiaban con el oro y plata de nuestro país, trataron de deslumbrar á los españoles atrayéndolos por medio de la astucia, y que no empleaban la fuerza para lograr este objeto; puesto que dichos orientales carecían del carácter belicoso y violento que distinguía á otros conquistadores, y solo consagraban su ingenio y actividad á la navegación y al comercio.

Los fenicios introdujeron en España las artes, las letras y la civilización, lo cual sirvió para que los naturales, tomando el ejemplo de los primeros, fueran cobrando afición á la industria y á otros oficios y modificaran su rudeza nativa.

Tan fabulosas fueron las riquezas que los fenicios extrajeron de España, que Aristóteles supone, aunque en lenguaje poético y probablemente demasiado exagerado, que los utensilios, herramientas, vasijas, etc., los construían de plata y oro, y que estos metales servían de lastre para el cargamento de sus naves.

(1) Cortada, *Historia de España*.



LOS CARTAGINESES ATACAN Á LOS MALLORQUINES.

Riera Editor, Barcelona, Rabador, 24 y 26.

CAPITULO IV.

Los cartagineses atacan sucesivamente á la isla de Sicilia, á Cerdeña, á Córcega y finalmente á las Baleares, de donde son rechazados por los naturales. — Una observacion acerca la pretendida dominacion egipcia. — Primeros buques cartagineses que arribaron á las costas hispanas. — Expediciones de los cartagineses. — Lucha entre los fenicios y los turdetanos. — Invasion cartaginesa.

ENTRE todas las colonias fenicias establecidas junto al Mediterráneo, desollaba la república de Cartago, ciudad rica y populosa, situada en el litoral africano.

Muy distinto era el carácter de los cartagineses del de sus compatriotas de Cádiz. El primero era un pueblo tanto ó mas guerrero y pendencioso que mercantil; el segundo se dedicaba exclusivamente al comercio, y si alguna vez apelaba á las armas lo hacia antes bien para proteger sus amenazados intereses que para dilatar sus dominios.

Impulsados por tan ambiciosos móviles, acometieron primeramente á la isla de Sicilia y despues de esta á Cerdeña y á Córcega; pero los naturales opusieron una vivísima resistencia á los invasores, quienes tuvieron que desistir de su intento, no sin haber experimentado muy sensibles pérdidas en la encarnizada lucha que tuvieron con sus formidables y acérrimos enemigos.

Viendo frustrados sus planes de conquista, y como para resarcirse é indemnizarse de los descalabros que acababan de experimentar, hicieron rumbo hácia la isla de Ibiza, una de las Baleares, y luego de haber fundado en ella una ciudad del mismo nombre, intentaron la conquista de Mallorca y Menorca que rodearon con su escuadra ó armada. Sin embargo, tampoco fueron mas afortunados los cartagineses en su última intentona; pues algunos de ellos, que tuvieron la osadía de habérselas con los insulares, fueron víctimas de la barbarie y ferocidad de estos.

En algunas tribus de España servíanse los naturales de la honda como de un arma terrible contra sus adversarios; empero los honderos por excelencia eran los habitantes de las Baleares. Tan extraordinaria era la destreza y habilidad de dichos isleños en el manejo de la honda, que se cuenta, sobre este punto, que las madres no daban otro sustento á sus hijos mas que el que les ponian por hito ó blanco y acertaban á tocar con la piedra lanzada con la expresada arma.

Habiéndose encontrado en Tarragona, en 9 de marzo de 1850, un sepulcro egipcio, esta circunstancia podría dar margen á la creencia de que España, ó parte de ella, estuvo un tiempo bajo la dominacion egipcia; empero lo mas lógico para nosotros es, como observa un historiador (1), el suponer que este descubrimiento no implica de ningun modo una conquista, sino mas verosimilmente una mútua concesion ó derecho que los españoles otorgaban á los extranjeros para que estos pudieran ejercer libremente su tráfico en las costas ibéricas y levantar en ciertos puntos templos á Hércules, Venus, Juno, Diana, etc. En cambio los españoles pudieron usar del mismo derecho en los países con los cuales tenian relaciones mercantiles.

Refiérese que algunos buques mercantes cartagineses, anteriormente á la venida é invasion de este pueblo, habian abordado á nuestras costas del Mediterráneo y traficado con los españoles, pero con cierto recelo y circunspeccion. Por ejemplo, los últimos exigian de los africanos que estos dejaran sus mercancías en la playa y se reembarcaran. De modo que los naturales, en caso que les acomadasen dichos géneros, ponian oro junto á ellos por el valor que les daban, y hecho esto desaparecian. Entonces los cartagineses desembarcaban nuevamente, y segun que consideraran el trato aceptable ó no, tomaban el oro, ó recogian sus mercancías.

Supónese que salieron dos expediciones de Cartago: una al mando de Hannon, cuyo objeto era investigar las costas occidentales africanas, y la segunda se propuso dar la vuelta á la Iberia por la parte del Norte, bajo la direccion de Himilcon.

Opínase que Hannon llegó á doblar el cabo de Buena Esperanza. Mas viendo que el Africa era demasiado salvaje é inculta, fijaron sus ojos en la hermosa Iberia, en cuyas occidentales riberas se hallaban establecidos sus hermanos los fenicios, cuya prosperidad envidiaban, así como las de varias colonias griegas escalonadas á lo largo del litoral hispano.

Lo que originó principalmente la invasion cartaginesa fue, al decir de algunos, la encarnizada lucha que los fenicios de la colonia de Gades, hoy Cádiz, sostuvieron contra sus vecinos los turdetanos, quienes despues de algunos triunfos redujeron á los primeros al estrecho recinto ó perímetro de la expresada ciudad.

Hácese varias conjeturas acerca la causa de la discordia entre los indígenas y los fenicios, cuyo fundamento hallan algunos en la envidia de los españoles, motivada por la opulencia é engrandecimiento de la colonia gaditana. Otros creen que todo fue ocasionado por el orgullo de los fenicios y el maltratamiento que daban á los españoles, hácia quienes se mostraron al principio tan benévulos y afables.

Al verse los fenicios en la apuradísima situacion que acabamos de indicar, llamaron en su auxilio á sus hermanos de Africa, quienes no dejaron de aprovechar tan buena coyuntura para dar cima á sus proyectos de conquista y avasallamiento.

Cartago, como hemos dicho, era la capital de la colonia fenicia en Africa. El poderío marítimo de esta república era inmenso, á la sazón, siendo la primera de que hace mención la historia, por su carácter conquistador y mercantil.

Cartago, atendido su espíritu, no podia permanecer tranquila en el estrecho recinto ó territorio que ocupaba; su ambicion debía desbordar como un ancho y devastador torrente y hacer sentir al mundo el peso de su poder y soberanía.

En materia de costumbres ningun modelo ofrecia la república africana. Los vicios mas torpes y degradantes imperaban en su altilva metrópoli, y toda la civilizacion cartaginesa consistia en una barbarie refinada. Dábanse al pueblo espectáculos repugnantes y sangrientos, cuyos héroes eran las fieras y cuyas víctimas los prisioneros de guerra. La crucifixion y toda clase de atroces tormentos eran empleados por los inhumanos cartagineses para castigar á los rebeldes ó vencidos.

Cuando un pueblo lleva en su seno tales gérmenes de destruccion, tiene al fin que sucumbir forzosamente por mas grande y poderoso que parezca. Sirvanos de ejemplo la preciosa estatua, formada de varios metales, de que nos habla la Escritura; pues como dicha estatua tenia los pies de barro, bastó una piedrecita desprendida de un monte para derribarla y destruirla por completo.

El Senado cartaginés, impelido por ulteriores fines ambiciosos, accedió de muy buen grado á la petición de los fenicios de España, y en consecuencia se aparejó una flota, que vino á la Península ibérica con el aparente objeto de prestar el demandado socorro á los colonizadores de Cádiz.

Pelearon los cartagineses con los naturales y á favor de los fenicios, empleando alternativamente la fuerza y el halago, siendo algunas veces vencedores; mas por último se enseñorearon de varios puntos de las playas de la Bética, pero no sin que antes hubiesen tenido que admirar la bravura de los españoles y sufrido algunos reveses.

No tardaron los cartagineses en descubrir sus pérfidos intentos, pues no contentos con la ocupacion de algunos territorios, resolvieron expulsar de la Península ibérica á sus compatriotas de Cádiz, á los mismos en cuya defensa fingieron pelear al principio.

Pusieron sitio á Cádiz, para el derribo de cuyos muros se empleó por primera vez el ariete, una de las mas formidables máquinas de batir que conocieron los antiguos. Esta circunstancia prueba la tenaz resistencia que opondrian los sitiados, y á qué precio debieron conseguir los de Cartago la toma de la capital de las colonias hispano-fenicias. Con la pérdida de su metrópoli acabó la dominacion fenicia en España. Tuvo lugar dicho suceso, segun se cree, á los 252 años de la fundacion de Roma, y 1301 antes de Jesucristo.

Dícese tambien que los fenicios de Cádiz, para implorar el favor de Alejandro, mientras este estaba sitiando á Tiro, le enviaron una embajada, cuya favorable acogida se infiere por el hecho de que los mensajeros á su regreso colocaron el busto del Conquistador macedonio en el templo de Hércules.

Posesionados los cartagineses de Cádiz, prosiguieron sus conquistas por el litoral hispano, apoderándose sucesivamente de varias ciudades importantes inmediatas al Mediterráneo, las cuales iban fortificando, y dejaban en ellas guarniciones. Teniendo á la sazón luchas y contiendas con varios pueblos, esta circunstancia les impidió dominar desde luego toda la Península ibérica, con cuyos moradores entablaron amistosas relaciones; y por medio de astutos pactos y alianzas consiguieron riquezas y soldados de los incautos y crédulos españoles.

Dice Mariana que poco despues de la rendicion de Cádiz, el hambre y la sequedad afligieron á España; que hubo muchos temblores de tierra, ocasionando grandes aberturas en el suelo, las cuales pusieron de manifiesto los inmensos tesoros derretidos por el fuego de los Pirineos que se hallaban sepultados debajo las cenizas, dando lugar este acontecimiento á la venida de nuevas gentes á nuestra Península.

Despues de algunos ataques, y de ser sucesivamente repelidos por los célebres honderos de las islas Baleares, llamadas Ginesias por los griegos, cayeron estas, por último, en poder de los invasores africanos, quienes para su expedicion á Sicilia, y á su paso junto á dichas islas, se llevaron consigo cierto número de sus intrépidos habitantes para reforzar su ejército expedicionario.

Refiere Mariana que Argantonio, célebre rey de los tartesios, viendo que los fenicios de Cádiz trataban de sujetar á la España entera, juntó un numeroso y aguerrido ejército, compuesto de naturales, y alcanzó algunas victorias sobre sus enemigos arrebatándoles toda la Andalucía ó Bética, y que hasta se hizo dueño de la misma isla de Cádiz. Cosa haccedera, añade el citado historiador, puesto que á la sazón muchos fenicios de España fueron á socorrer á sus hermanos de la opulenta Tiro, que se hallaba amenazada por Nabucodonosor, emperador de Babilonia.

Despues cuenta que el Emperador babilónico, obligado á levantar el sitio de la metrópoli fenicia en Oriente, á causa de las tempestades políticas que le amenazaban en Egipto, pasó á nuestra Península y la avasalló enteramente, cuyo hecho se refiere en los libros de los hebreos, suponiéndose que los judíos que acompañaban á Nabucodonosor dieron varios nombres á algunas ciudades, y que fundaron entre otras á Toledo. Pero todo eso es bastante vago.



LOS ESPAÑOLES EN SICILIA.

Riera Edición, Barcelona, Robador, 04 y 06.

(1) Ortiz de la Vega, *Anales de España*, lib. II, cap. I, pág. 101.